Nuevo México, para donde al tiempo que esto escribo (que es por
1596. Abril del año de noventa y seis), por órden y mandato del rey
Jornada para el Nuevo México. D. Felipe nuestro señor envia el conde de Monterey, virey de esta Nueva España, por general de esta empresa á D. Juan de Oñate, hijo de Cristóbal de Oñate, natural de la ciudad de Vitoria, que en su tiempo fué de los principales y mas poderosos de esta Nueva España. Van con él ocho religiosos franciscos,[1] todos ellos profesos, de esta provincia del Santo Evangelio. Entiendo que llevan seis capitanías de soldados, sin otros labradores y hombres buenos, casados, con sus mujeres y hijos, para la labranza y poblacion de aquellas tierras. Guíelos el altísimo Dios y conceda el suceso, que para su servicio se pretende, en la conversion de aquellas gentes á su santa fe católica. Este discurso se ha hecho por el fraile que primeramente descubrió aquellas tierras y gentes, y dió noticia de ellas, habiendo sido enviado por el provincial Fr. Antonio de Ciudad Rodrigo el año de treinta y
1539. ocho á convertir gentes de nuevo. El año de treinta y nueve entraron otros dos frailes por lo de Michuacan á unas gentes que se llaman Teules chichimecos, que ya otras veces habian consentido entrar en sus tierras frailes menores, y los habian recibido de paz y con mucho amor, aunque de los españoles seglares siempre se habian defendido y vedádoles la entrada por ser gente belicosa, y tampoco á los españoles se les daba mucho, viendo el poco provecho que podian sacar de ellos, pues poco mas poseen que un buen arco con sus flechas, salvo si á los mismos indios pudieran cazar para venderlos por captivos, que es el trato que nuestros españoles en esta parte mucho han usado, por donde los chichimecos y las demas naciones indianas siempre se han alterado y remontado, que antes de recibir estas malas obras, nunca dejaron de acariciar á los que de nuevo entraban en sus tierras. Pues en estas que ahora dije, descubrieron aquellos dos frailes cerca de treinta pueblos pequeños de hasta cuatrocientas ó quinientas ánimas los mayores de ellos. Estos recibieron de muy buena voluntad la doctrina cristiana y trajeron sus hijos al baptismo, y por tener mas paz y disposicion de recibir la fe, pidieron libertad de tributo por algunos años, y que despues lo darian moderado de lo que cogiesen y criasen en sus tierras, y con esta condicion darian la obediencia al rey de Castilla. Lo cual todo se lo concedió el virey D. Antonio de Mendoza, y así vinieron al gremio de la Iglesia. De esta manera han hecho despues acá

1 *Por comisario de ellos el padre Fr. Rodrigo Durán.* Estas palabras están borradas en el MS.

los frailes franciscos muchas entradas por las tierras de estos que llaman chichimecos, que ocupan la tierra hácia el poniente y norte, en los contornos del reino de México y de las provincias de Michoacan y Jalisco, y la Guaxteca, y son de muchas y diferentes lenguas, y andan por los campos como venados, sin tener casas ni policía de hombres, y á muchos de ellos han traido los frailes al conocimiento de su Dios y á la obediencia de la santa madre Iglesia y de nuestros reyes de Castilla, y puéstolos en poblaciones ordenadas y hécholes sus iglesias, aunque no á pocos les ha costado la vida, porque en alborotándose con vejaciones de seglares, luego lo pagan los frailes, como (con el favor de Dios) se verá parte de ello en el fin de esta Historia en el quinto libro.

CAPÍTULO XII.

Del ingenio y habilidad de los indios para todos oficios, y primero se trata de los que ellos usaban antes que viniesen los españoles.

PORQUE los religiosos, demas de enseñar á los indios á leer y escribir y cantar, y algunas otras cosas de la iglesia (como adelante se dirá), pusieron tambien diligencia y cuidado en que aprendiesen los oficios mecánicos y las demas artes que la industria humana tiene inventadas, es bien presuponer el ingenio y habilidad que los mismos indios para percibir lo que se les enseñase de su parte tenian, y el primor que mostraban en los oficios que usaron en su infidelidad, antes que conociesen á los españoles. Habia entre ellos grandes escultores de cantería, que labraban cuanto querian en piedra, con guijarros ó pedernales (porque carecian de hierro), tan prima y curiosamente como en nuestra Castilla los muy buenos oficiales con escodas y picos de acero, como se echa hoy dia de ver en algunas figuras de sus ídolos que se pusieron por esquinas sobre el cimiento en algunas casas principales de México, aunque no son de la obra curiosa que solian hacer. Los carpenteros y entalladores labraban la madera con instrumentos de cobre, pero no se daban á labrar cosas curiosas como los canteros. Las piedras de precio labraban los lapidarios con cierta arena que ellos conocian, y hacian de ellas las figuras que querian, y lo mismo hacen ahora, aunque lo usan poco porque ya no se hallan piedras preciosas entre los indios. Á los plateros faltábanles las herramientas para labrar de martillo; pero con una piedra sobre otra hacian una taza llana de plata ó un plato.

Habilidad y ingenio de los indios.

Oficios mecánicos que sabian los indios.

Con todo eso, en fundir cualquiera pieza ó joya de vaciadizo hacian ventaja á los plateros de España, porque funden un pájaro que se le anda la cabeza, la lengua y las alas. Y vacian un mono ó otro animal, que se le andan cabeza, lengua, piés y manos, y en las manos le ponen unos trebejuelos que parecen bailar con ellos. Y lo que mas es, sacan una pieza la mitad de oro y la otra mitad de plata, y vacian un pece la mitad de las escamas de oro y la otra mitad de plata; una escama de plata y otra de oro, de que se maravillaron mucho los plateros de España. Pintores habia buenos que pintaban al natural, en especial aves, animales, árboles y verduras, y cosas semejantes, que usaban pintar en los aposentos de los señores. Mas los hombres no los pintaban hermosos, sino feos, como á sus propios dioses, que así se lo enseñaban y en tales monstruosas figuras se les aparecian, y permitíalo Dios que la figura de sus cuerpos asemejase á la que tenian sus almas por el pecado en que siempre permanecian. Mas despues que fueron cristianos, y vieron nuestras imágines de Flandes y de Italia, no hay retablo ni imágen por prima que sea, que no la retraten y contrahagan; pues de bulto, de palo ó hueso, las labran tan menudas y curiosas, que por cosa muy de ver las llevan á España, como llevan tambien los crucifijos huecos de caña, que siendo de la corpulencia de un hombre muy grande, pesan tan poco, que los puede llevar un niño, y tan perfectos, proporcionados y devotos, que hechos (como dicen) de cera, no pueden ser mas acabados. Habia oficiales de loza y de vasijas de barro para comer y beber en ellas, muy pintadas y bien hechas, aunque el vidriado no lo sabian; pero luego lo aprendieron del primer oficial que vino de España, por mas que él se guardaba y recataba de ellos. Otros vasos hacian de ciertas calabazas muy duras y diferentes de las nuestras, y es fruta de cierto árbol de tierras calientes. Estas las pintaban y pintan hoy dia de diversas figuras y colores muy finos, y tan asentadas, que aunque estén cien años en el agua, nunca la pintura se les borra ni quita. Y pónenles unos piés como de cálices de la misma labor. Son vasos muy lindos y vistosos. Para su vestido (mayormente de los señores y de los ministros del templo para su ministerio) hacian ropas de algodon, blancas, negras, y pintadas de diversas y muy finas colores, gruesas y delgadas, como las querian, y muchas como almaizales moriscos. Otras hacian de pelos de conejos, puesto, tejido ó engerido con hilo de algodon, que usaba la gente principal, á manera de bernias, por no haber frio, porque son muy calientes, suaves y blandas, y tan arti-

ficiosamente hechas, que parece *poderse poner allí el pelo de conejos*,[1] cosa de maravilla. En lugar de alhombras, hacian esteras de hoja de palma y de juncia, muy delicadas, y muchas de ellas muy pintadas, poniendo parte de las palmas ó de la juncia de colores entretejidas, que podrian servir en casas de gente principal de Castilla, en lugar de paños de pared, especialmente en los veranos, por ser tan frescas, y juntamente vistosas. Habia tambien oficiales de curtir cueros de venados, leones y tigres y de otros animales, y de adobarlos maravillosamente, con pelo y sin pelo, blancos, colorados, azules, negros y amarillos, tan blandos, que hacen hoy dia guantes de ellos. Demas del calzado comun (que eran sandalias del cáñamo del maguey, que es la cepa de su vino), hacian tambien para los señores y principales, alpargates muy delicados y polidos del mismo cáñamo y de algodon, y algunos muy curiosos, pintados y dorados. Pero lo que parece exceder á todo ingenio humano, es el oficio y arte de labrar de pluma con sus mismas naturales colores, asentada, todo aquello que los muy primos pintores pueden con pinceles pintar. Solian hacer y hacen muchas cosas de pluma, como aves, animales, hombres, capas ó mantas para se cubrir, y vestimentas para los sacerdotes del templo, coronas ó mitras, rodelas, moscadores, y otras maneras de cosas que se les antojaban. Estas plumas eran verdes, azules, coloradas, rubias, moradas, encarnadas, amarillas, pardas, negras, blancas, y finalmente, de todas colores, tomadas y habidas de diversas aves, y no teñidas por alguna industria humana, sino todas naturales. Y á esta causa tenian en gran precio cualquiera especie de aves, porque de todas se aprovechaban, hasta de los mas mínimos pajaritos. Pues si tratamos del tiempo presente, despues que vieron nuestras imágines y cosas muy diferentes de las suyas, como en ellas han tenido larga materia de extender y avivar sus ingenios, es cosa maravillosa con cuánta perfeccion se ejercitan en aquella su subtil y para nosotros nueva arte, haciendo imágines y retablos y otras cosas de sus manos, dignas de ser presentadas á príncipes y reyes y Sumos Pontífices. Y hay otra cosa de notable primor en esta arte plumaria, que si son veinte oficiales, toman á hacer una imágen todos ellos juntos, y dividiendo entre sí la figura de la imágen en tantas partes cuantos ellos son, cada uno toma su pedazo y lo van á hacer á sus casas, y despues

Arte plumaria usaban los indios.

1 O faltan aquí algunas palabras, ó sobran las que están subrayadas. — Las omite en efecto Torquemada, que formó con este capítulo el 1º del lib. XVII de su *Monarquía Indiana*.

viene cada uno con el suyo, y lo van juntando á los otros, y de esta suerte viene á quedar la imágen tan perfecta y acabada como si un solo oficial la hubiera obrado. Y no es poco de notar que lo mismo que estos oficiales hacen de pluma, otros muy comunes y desechados hacen de rosas y flores de diversas colores, que ni mas ni menos forman una imágen de santos, y armas, y letras y todo lo que quieren, asentando las hojas de las flores y yerbas con engrudo sobre una estera, conforme á las colores que pide cada parte de las figuras y menudencias que quieren pintar, y queda la imágen ó pintura tan vistosa y graciosa, que despues que han servido en la iglesia para donde se hacen, en fiestas principales, las piden los españoles para ponerlas en sus aposentos, como imágines perfectas y devotas. Oficiales tenian y tienen de hacer navajas de una cierta piedra negra ó pedernal. Y verlas hacer, es una de las cosas que por maravilla se pueden ir á ver entre los indios. Y hácenlas (si se puede dar á entender) de esta manera: siéntanse en el suelo y toman un pedazo de aquella piedra negra, que es cuasi como azabache y dura como pedernal, y es piedra que se puede llamar preciosa, más hermosa y reluciente que alabastro y jaspe, tanto que de ella se hacen aras y espejos. Aquel pedazo que toman es de un palmo ó poco mas largo, y de grueso como la pierna ó poco menos, y rollizo. Tienen un palo del grueso de una lanza y largo como tres codos ó poco mas, y al principio de este palo ponen pegado y bien atado un trozo de palo de un palmo, grueso como el molledo del brazo, y algo mas, y este tiene su frente llana y tajada, y sirve este trozo para que pese mas aquella parte. Juntan ambos piés descalzos, y con ellos aprietan la piedra con el pecho, y con ambas las manos toman el palo que dije era como vara de lanza (que tambien es llano y tajado) y pónenlo á besar con el canto de la frente de la piedra (que tambien es llana y tajada), y entonces aprietan hácia el pecho, y luego salta de la piedra una navaja con su punta y sus filos de ambas partes, como si de un nabo la quisiesen formar con un cuchillo muy agudo, ó si como la formasen de hierro al fuego, y despues en la muela la aguzasen y últimamente le diesen filos en las piedras de afilar. Y sacan ellos en un credo de estas piedras, en la manera dicha, como veinte ó mas navajas. Salen estas cuasi de la misma hechura y forma de las lancetas con que nuestros barberos acostumbran sangrar, salvo que tienen un lomillo por medio, y hácia las puntas salen graciosamente algo combadas. Cortarán y raparán la barba y cabello con ellas, y de la primera vez y primero

Figuras de flores que labran los indios.

Navajas de piedra, cómo las hacen los indios.

tajo, poco menos que con una navaja acerada; mas al segundo corte pierden los filos, y luego es menester otra y otra para acabar de raparse el cabello ó barba, aunque á la verdad son baratas, que por un real darán veinte de ellas. Finalmente, muchas veces se han afeitado españoles seglares y religiosos con ellas. Mas ciertamente verlas sacar es cosa de admiracion, y haber acertado en el arte de sacarlas, no es pequeño argumento de la viveza de los ingenios de los hombres que tal manera de invencion hallaron. Y aunque sea cosa de juego (por ser de tanta subtileza y destreza), quiero añadir aquí uno que usaban mucho los indios en sus fiestas y regocijos, y ahora lo veo usar muy poco, y es de esta manera. Entra un indio con un palo rollizo cargado al hombro, de hasta nueve ó diez palmos en largo, y grueso cuasi como un eje de carreta, y para ornato del juego acompáñanle otros siete ó ocho indios disfrazados al traje de otra nacion de indios que llaman guastecos, cantando y bailando al modo que aquellos usan, al són de un atabalejo, y cercan al indio que trae el palo, el cual lo pone en el suelo atravesado á la parte donde estando echado ha de tener la cabeza. Y habiéndose compuesto y quedado con poca ropa, tiéndese en el suelo de espaldas de largo á largo, y volviendo los piés contra la cabeza y haciéndose una rosca, luego con los piés va á coger el palo que puso atravesado á su cabecera, y cogido lo levanta y arroja en alto, y vuelve á cogerlo con los piés de punta y de llano, y lo vuelve y lo revuelve, y lo torna á echar en alto y lo recibe treinta veces, y hace otras mil diferencias jugando con el palo, como podria hacer con una pelota de las nuestras un diestro jugador con las manos, sin que otra cosa de su cuerpo toque al palo ni se ayude sino de solos los piés. Y muchas veces parece que le va á dar en la cabeza (que si le diese le hundiria los cascos), y cuando menos catamos acude con el un pié y lo recoge, y con el otro lo arroja en alto. Y esto dura cuanto él quiere, hasta que se cansan los que lo están mirando, ó él acuerda de dejallo.

Juego del palo, cosa de ver.

CAPÍTULO XIII.

De cómo los indios aprendieron los oficios mecánicos que ignoraban, y se perficionaron en los que de antes usaban.

EL primero y único seminario que hubo en la Nueva España para todo género de oficios y ejercicios (no solo de los que pertenecen al servicio de la iglesia, mas tambien de los que sirven al uso de

Seminario de oficios, la capilla de S. José.